

»cies al pobre, ni tengas consideracion con el rico al administrar justicia. No dejes para mañana el dar su salario al jornalero. No hagas daño á la viuda ni al huérfano, porque de lo contrario clamarán contra tí, y yo atenderé sus clamores. No injuries á tu padre, ni pongas tropiezo á los piés del ciego, si temes al Señor. No oprimas con usuras al necesitado, sino déjalo vivir, y no le exijas interés sobre los granos, ni tomes en prendas el vestido de la viuda. Cuando pidas á tu prójimo lo que te deba, no entres en su casa para tomarle una prenda, sino quédate fuera, y él te dará lo que tuviere; y si es pobre, no detengas la prenda en tu poder por la noche, sino que se la devolverás antes de anochecer, para que, durmiendo en su lecho, te bendiga y tú encuentres justicia á los ojos del Señor. Levántate al ver las canas, y venera la persona del anciano. Cuando segares no cortarás las mieses á raíz de tierra, ni recogerás las espigas que te se hayan caído; en la viña no volverás por los racimos olvidados, déjalos para los pobres y peregrinos. Tampoco volverás por el fruto del olivo despues de recogida la cosecha; déjalo para que lo busquen el extranjero, la viuda y el huérfano. Si encuentras un nido y arrebatas los pajarillos, deja á lo ménos la madre. No tapes la boca al buey cuando trilla el grano en tu era. Si ves al buey, ó á la oveja de tu hermano vagar perdidos, llévaselos á su casa, aunque viva lejos y no lo conozcas; lo mismo harás con el asno y con el vestido. Si el asno de tu hermano cae en el camino, levántalo.»

CAPITULO VII

República federativa.

Muchos actos de Moisés en el desierto son juzgados generalmente como los de un jefe de ejército indisciplinado, y obligado por tanto á emplear rigores reprobados en la vida civil.

El exterminio de la tribu de Benjamin y de la ciudad de Jabes, como cómplice, porque no mandó diputados á la Asamblea, se asemeja al juramento que prestaban los anfitriones de exterminar las ciudades griegas revoltosas. Los doctores hebreos se esfuerzan en justificar la conquista de Canaan, diciendo que era la reacción de un pueblo que recobra la tierra de sus

padres; efectivamente, esta conquista era una dura necesidad para establecer un pueblo errante y evitar aquella mezcla que llegó á ser causa de tantos males. La tierra de Canaan estaba ocupada por unos cuantos pueblos que alternativamente se expulsaban de ella, de suerte que debía sucumbir ante el poder del más vigoroso. Era dogma comun de los antiguos, que la victoria daba la posesion de las personas y de las cosas; pero aquí á lo ménos la conquista era ordenada por Dios, que puede escoger para ministros de sus castigos á los faraones ó las pestes, á los diluvios ó á los héroes.

Afligian á Moisés aquellos rigores que se veía obligado á desplegar, y el aspecto de aquel pueblo que tan pronto levantaba altares á los idolos, como anhelaba el reposo y áun las miserias de Egipto. Experimentó, pues, todos los martirios del génio, y como el génio no llegó á la tierra prometida, satisfecho con morir á la vista de aquel país, donde su pueblo habria sido feliz, si hubiese observado el pacto que tenia hecho con Dios. Entonces Josué, designado por él para guía de Israel, pasó el Jordan, tomó á Jericó y sometió el país de Canaan, repartiéndolo entre las tribus.

Aram ó Siria es nombre que cada cual entiende á su manera, pero créese en general que este país se extendía por el Oriente hasta el Eufrates, por el Occidente hasta el Mediterráneo, confinando al Mediodía con el Líbano y la Palestina, y hácia el Septentrion con el Tauro: en todo trescientas millas de longitud y ciento de anchura.

Sus principales países eran la Palestina y la Fenicia, gobernadas por reyezuelos, quienes, bien conquistando, bien confederándose, llegaron á formar reinos mayores, en los cuales los primitivos señores vinieron á ser vasallos. Los más célebres son los reinos de Gesur, Amat, Soba y Damasco. Para poder conquistar todo aquel territorio, las tribus hebreas habrian debido conservarse unidas; pero en vez de esto, deseosos de proporcionarse moradas fijas y de repartirse los terrenos, las más fuertes se apoderaron de las porciones mayores; las otras se procuraron un domicilio como mejor pudieron, y áun la tribu de Dan tuvo que situarse á la izquierda de la Judea, propiamente dicha. Por esta razon no lograron exterminar totalmente

á los pueblos de Palestina; las pequeñas naciones que quedaron en este país fueron eternas enemigas de los invasores; y los árabes errantes, los idumeos y los filisteos, pueblo que habiendo salido tambien de Egipto habia habitado primero en Chipre y despues en aquel país, al cual habia dado su nombre, impidieron que se consolidaran la nacion y el culto.

Las tribus no estaban sometidas una á otra, sino que cada una se regia por sí, bajo el gobierno de jeques propios, es decir, de los principales y de los ancianos, constituyendo una república federativa.

Despues de haber llevado Josué muy adelante sus conquistas, sintiéndose cercano á la muerte, convocó á los ancianos y á todos los magistrados de Israel, y les dijo: «Ya veis lo que el Señor ha hecho con las naciones circunvecinas, y cómo ha combatido por vosotros y repartidoos la tierra al Oriente del Jordán hasta el mar. Muchas naciones quedan todavía que someter; pero el Señor las dispersará si os conserváis fieles á la ley que os ha dado Moisés, si os abtenéis de mezclaros con los extranjeros y de jurar por sus dioses y os manteneis unidos al verdadero Dios.» Por desgracia aquellos consejos fueron desoidos, y la relajacion de los vínculos religiosos se extendió tambien á los vínculos políticos. No hallándose ya un jefe militar á la cabeza de toda la nacion, se suscitaron rivalidades entre las tribus pequeñas y las grandes; y los enemigos aprovechaban las ocasiones para poner en peligro la existencia del pueblo entero. Este, asustado de su aislamiento, ya volvía los ojos hácia Egipto, cuyo rey no habia perdido la esperanza de sujetar de nuevo á los israelitas, ya se apoyaba en los asirios contra los egipcios. Sin embargo, de tiempo en tiempo aparecieron personajes queridos de Dios, y que poniéndose al frente de Israel, lo redimieron de la esclavitud y de los tributos.

Cusan, rey de Mesopotamia, tuvo por espacio de ocho años en la esclavitud á la tribu de Israel, hasta que fué libertada por Otoniel. Las de Efraim y Benjamin cayeron luego bajo el yugo de Eglon, rey de los moabitas; pero al cabo de diez y ocho años, Aod, valeroso campeón, enviado para llevar á Eglon el tributo, luego que cumplió este encargo, volvió solo á

ver al rey, lo llevó á un lugar retirado, lo mató y libertó á su pueblo. Las tribus de Dan, Judá y Simeon fueron subyugadas por los filisteos, hasta que los rescató Samgar, que con una reja de arado mató 600 enemigos. Los dominó despues Zabin, rey de Ason; pero su ejército fué desbaratado, y Sisara, su general, murió á manos de Jael, que le atravesó un clavo por las sienes. Entonces Débora, profetisa, que administraba justicia bajo la palma del monte de Efraim, cantaba de esta manera:

«Vosotros los que espontáneamente ofrecisteis la vida por la patria, bendecid al Señor. Oh, oh reyes, escuchad oh príncipes, lo que voy á cantar al Señor Dios de Israel. Cuando te partiste de Seir y pasaste por el país de Edom, tembló la tierra, liquidáronse en agua los cielos, y los montes se deshicieron al aspecto del Señor. En los días de Jahel, los caminos dejaron de ser tránsitoos, y los caminantes andaban por desusadas veredas: desmayaron los fuertes de Israel hasta que Débora, una madre de Israel, les infundió valor... Oh queridos de mi corazón, vosotros que voluntariamente os expusisteis al peligro, bendecid al Señor... Donde los carros quedaron destrozados y oprimido el ejército de los enemigos, cuéntese la justicia de Dios y la clemencia para con los campeones de Israel, cuando el pueblo se agrupó á las puertas y obtuvo el señorío. Levántate, oh Débora y entona tu cántico; levántate, oh Barac, y toma tus prisioneros: las reliquias del pueblo se ha salvado; el Señor combatió con los valientes... El cielo ha peleado contra los enemigos; el torrente arrastró sus cadáveres; huella, alma mia, los cuerpos de sus campeones. Malditas las tierras que no prestaron auxilio á los guerreros del Señor, y tú, bendita entre las mujeres, oh, Jahel, bendita en tu tienda. A Sisara que le pedia agua dió á beber leche y en la copa de los príncipes le ofreció manteca. Tendió la siniestra mano al clavo y la diestra al martillo, y fuertemente taladró las sienes á Sisara. Rodó á sus piés y murió y yace exánime el miserable. Su madre entretanto, mirando desde la ventana, gritaba y en su estancia decia: ¿Por qué tarda tanto mi hijo en volver? ¿cómo son tan perezosos los piés de sus caballos? Y una de sus mujeres, más advertida, respondia á la suegra:

»Tal vez en este mometo reparte los despojos y
»elije para sí la mujer más hermosa: tal vez le
»están dando vestidos de todos colores y adornos
»para su cuello. Perezcan, así, oh Señor, todos
»tus enemigos, y los que te aman resplandez-
»can como resplandece el sol en el Oriente.

Estos cánticos, repetidos en todas partes, reanimaban el sentimiento nacional y religioso; pero el pueblo tardó poco en reincidir en el pecado, y los madianitas lo subyugaron. Rescatólos, sin embargo, Gedeon, el cual de sus mujeres tuvo setenta hijos, y en una concubina á Abimelec, que movido por la sed de mando hizo matar á todos sus hermanos y reinó hasta que murió en un combate.

Despues fué nombrado juez Tola, su tío; y luego Jair, que tuvo treinta hijos señores de ciudades, los cuales, para más holgarse, cabalgaban en jumentos. Habiendo despues vencido nuevamente los filisteos á los israelitas, eligieron éstos por cabeza á Jefté, jefe de bandoleros, el cual prometió, si salía vencedor, ofrecer á Dios la primera persona que encontrase. Venció, y la primera que se presentó á sus ojos fué su hija única, guiando las danzas al són de panderetas. Al saber el voto que habia hecho Jefté, pidió un plazo de dos meses para llorar en los montes su virginidad, y luego se cumplió la promesa de su padre.

Fueron despues jueces sucesivamente Abesán, Ahialon y Abdon, hasta que se alzaron para derrocar la dura tiranía de los filisteos, el ánimo de Heli y el brazo de Sanson, el más fuerte entre los hombres. Este, despues de haber sido el terror de los enemigos, cayó prisionero de ellos; y Heli, afligido por las culpas de sus hijos, y habiendo oído que hasta la misma arca de la alianza habia caído en manos de los filisteos, murió de pesar.

El más memorable entre los jueces fué Samuel, que celoso del amor de Dios, hizo abandonar al pueblo la idolatría, y de esta manera, vigorizándolo por medio de la unidad del sentimiento religioso, logró vencer á los filisteos. Intentó introducir novedades en la constitucion, haciendo hereditaria en su casa la dignidad suprema, con cuyo objeto nombró jueces á sus hijos Joel y Abias; pero ambos se mostraron avaros y parciales, y aceptando donativos y administrando mal la justicia, descon-

tentaron al pueblo. Este, entonces, pidió á Samuel un rey como lo tenían todas las naciones circunvecinas. Samuel reconvino fuertemente á los hebreos porque querían obedecer al hombre más bien que á Dios que los habia sacado de la esclavitud y les preguntó: si no sabian que un rey podria tomar sus hijos para hacerles sus precursores, sus guardias, sus soldados; para obligarlos á servirlo, á sembrar y á edificar para él; si no sabian que obligaria á sus hijas á componerle sus perfumes, á hacerle el pan y á cuidarle la comida; si no sabian que se apoderaria de sus campos, cobraria el diezmo de sus cosechas y haría trabajar en su beneficio á sus esclavos y á la robusta juventud.

Pero persistiendo el pueblo en su peticion, Samuel le dió por gefe y rey á Saul, de la tribu de Benjamin, alto de estatura y forzudo; y despues reuniendo al pueblo de Israel dijo: *¿Os he gobernado tanto tiempo; ¿he tomado el buey ó el asno de alguno? ¿he calumniado á otro? ¿he recibido donativos? Decidmelo y daré satisfaccion.* Todos lo declararon inocente; él entonces les echó en cara sus culpas, y especialmente aquella que cometian en cambiar de gobierno, y se despojó de la dignidad de juez.

CAPÍTULO VIII.

Monarquía.

Saul con una victoria sobre los Amonita-consolidó su trono; y el pueblo, aunque dedicado especialmente á la agricultura y á la ganadería, adquirió instintos guerreros. Saul introdujo la disciplina en los ejércitos; hizo experimentar muchas veces á los filisteos los efectos de su valor, y extendió sus victorias hasta el Eufrates. Sin embargo, no era rey absoluto, pues habia sido ungido por el profeta, y elegido en algun modo por el pueblo; y debia continuar como capitán armado, sin córte ni morada fija, ni ciudad capital, siguiendo las indicaciones de Jehová que le habian sido expuestas por Samuel. Este dictó la constitucion del reino conforme á la ley de Moisés, la cual fué depositada en el templo; y segun ella, los ejércitos no debian moverse sino en nombre del Señor, cuya arca de alianza estaba en medio del campamento.

Gravosa pareció esta tutela al nuevo rey, é

intentó emanciparse de ella, encargándose de las funciones de sacerdote y ofreciendo por sí mismo el holocausto en Gálgala. De aquí comenzó la enemistad entre los dos personajes; y Saul, abandonado del espíritu de Dios, se entregó á crueldades y supersticiones; evocó las sombras con artes mágicas y contaminó con fraudes é injusticias un reinado que habia comenzado bien. Entonces Samuel ungió por rey al pastor David. Este, todavía adolescente, habia vencido en un combate á Goliát, general de los filisteos, y era el mayor poeta que tuvieron y han tenido los hebreos. Habiendo entrado en el palacio, alivió con los sonidos de su arpa la profunda melancolía de Saul; hizose muy amigo de su hijo Jonatás; y matando á 200 filisteos adquirió en premio la mano de la hija del rey; pero Saul le cobró envidia porque en Israel cantaba: «Mil ha muerto Saul y David diez mil,» y porque temia que fortalecido con el favor de los sacerdotes y del ejército, privase á su hijo de la corona. Por esto le armó muchas asechanzas, hasta que David se refugió entre los árabes del desierto y los pastores. Saul, siempre con la idea de exterminar el sacerdocio y suprimir la distincion entre el poder eclesiástico y el civil, mandó dar muerte en Nobe á Achimelec y á 85 sacerdotes con sus familias. De este modo, enemistado con sus súbditos, fué vencido por los filisteos y pereció en las gargantas de Gelboé, con Jonatás y con sus hijos.

David lo lloró cantando: «Llora, oh Israel, por aquellos que murieron á impulsos del hierro en tus alturas: los héroes de Israel fueron muertos en los montes. ¡Ah, cómo cayeron los fuertes!

»Silencio: no anunciéis en Get ni en las plazas de Ascalon la infausta nueva, no sea que se regocijen las hijas de los filisteos y hagan fiestas las mujeres de los incircuncisos.

»¡Oh montes de Gelboé, ni lluvia ni rocío caiga sobre vosotros; ni en vosotros nazcan las primicias de los campos, pues que allí fué abatido el escudo de los fuertes, el escudo de Saul, como si Saul no fuese el ungido del Señor.

»De la sangre de los enemigos, de la grasa de los fuertes, se cubrió siempre la lanza de Jonatás; nunca se desnudó en vano la espada de Saul.

»Saul y Jonatás, amables y graciosos en vida, no se separaron en la muerte; eran más veloces que las águilas, más robustos que los leones.

»Hijas de Israel, llorad por Saul que os vestía de delicioso color escarlata y os hermoseaba con joyas de oro.

»¡Oh! ¡cómo cayeron los fuertes en la batalla! ¡Cómo murió Jonatás en los montes!

»Yo te lloro, Jonatás, hermano mió, hermoso sobre manera y amable más que una amable doncella: yo te amaba como una madre ama á su hijo único.

»¡Ah! ¡cómo cayeron los fuertes en la batalla! ¡Cómo murió Jonatás en los montes!

Entonces los hombres de Judá eligieron rey á David; pero las otras tribus tomaron partido por Isboset, hijo de Saul, que sobrevivió á su padre, y solamente siete años despues, cuando Isboset fué asesinado por los suyos, logró David reinar sobre toda la nacion, la cual llegando á Hebron, donde estaba David, le dijo: «nosotros somos tus huesos y tu carne; apacienta el rebaño de Israel y sirvénos de caudillo.

David formó la constitucion de acuerdo con los ancianos, á los cuales reunia tambien para consultarlos sobre los asuntos más importantes, conformándose por lo demás con el parecer de los sacerdotes. Reinó 39 años y fué el mejor rey de Israel. Con los conquistas aumentó en gran manera el territorio, sometiendo la Siria y la Idumea, y dominado desde el Eufrates al Mediterráneo, y desde la Fenicia al Golfo Árabe. Cuidó de la hacienda pública; formó el censo de su pueblo, y quitando á los idumenos los puertos de Elat y Asiongaber, donde terminaba el Golfo Elanítico, y ocupando á Tapsaco en el Eufrates, preparó los progresos del comercio.

Para consolidar la unidad de su nacion, puso particular esmero en que no se ejerciese más culto que el de Jehová; estableció su residencia en Jerusalem, construyendo el palacio con madera de cedro, y empleando carpinteros y canteros enviados por Hiram, rey de Tiro; y en este palacio depositó el arca de la alianza, santuario nacional, y preparó la construccion de un templo, cuya obra debia ser concluida por su sucesor.

Sin embargo, con el tiempo llegó á ser one-

roso su gobierno; las diversas mujeres con quienes se casó suscitaron las acostumbradas intrigas de serrallo, y así le aflagió en sus últimos días la rebelión de sus propios hijos. Vivió 90 años y dejó más de 100.000.000 de zequies en el tesoro.

En detrimento de Adonías, su primogénito, y por influjo de Betsabé, su mujer favorita, usurpada á su marido, designó por sucesor á Salomon, á quien había tenido en ella, y que había sido educado por el profeta Natán, intrépido censor de los extravíos de David. Salomon se afirmó en el trono matando á su hermano Adonías, desterrando al sumo sacerdote Abiatar, y dando muerte en el tabernáculo á Joad, partidarios todos del primogénito. Despues dió á la Judea el siglo del mayor esplendor; venció en saber á los orientales y á los egipcios; compuso 3.000 parábolas y 5.000 canciones, y escribió sobre todas las cosas naturales, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo. Hacia también enigmas que enviaba para su explicación á Hiram, rey de Tiro, el cual le remitía otros; y en esta lucha Salomon fué siempre vencedor, si bien quedó vencido, luego por el Tirio Abdemon.

A diferencia del rey pastor que se había elevado on su espada y su virtud, Salomon, subiendo al trono por sucesión, introdujo en Jerusalem la pompa de una córte oriental; se fabricó un palacio en la ciudad y una quinta en el Líbano, y por medio del comercio se enriqueció desmesuradamente. Príncipes extranjeros acudían presurosos á admirarlo; hizo alianza con Hiram, rey de Tiro, por cuyo medio los puertos conquistados por David, participaron del comercio de los países meridionales, y cuyas flotas le llevaban de Ofir maderas finas y gomas preciosas; mientras que sus naves iban cada tres años á las Indias, de donde traían oro, plata, marfil, monos y pavos reales. Salomon concibió, como despues Alejandro de Macedonia, la grandiosa idea de enlazar á los pueblos del Asia con la pacífica fraternidad de las artes y del comercio, aspirando á convertir su capital en emporio de las caravanas, á cuyo fin construyó á Balbek, y á Palmira, la ciudad de poético nombre que se levantaba como una palma en el desierto de Sam, y era punto de descanso en el camino de Babilonia. Para sos-

tener su lujo, del cual se cuentan increíbles maravillas, varió la administración del reino, y nombró doce prefectos que cada mes le enviaban los géneros recaudados. Cada año recibía 666 talentos de oro (184.000.000 de reales) además de los que le llevaban estos recaudadores de contribuciones y los jeques de Arabia.

El monumento mas señalado de su esplendor fué el templo. Alzabase éste sobre un monte rodeado todo de una muralla, á cuya cumbre se llegaba por anchas escaleras. Allí se abría al pueblo un vasto pórtico, y en otro menor hacían los sacerdotes las ofrendas, separándolo del primero una balaustrada que permitía ver como ascendía el humo de los sacrificios. A un lado de este pórtico estaba el santuario, delante del cual dos columnas de bronce sostenían una puerta cubierta de oro, por donde ningun profano podía penetrar; diez lámparas disipaban algun tanto su misteriosa curiosidad, y de él salían las voces de los sacerdotes á quienes el pueblo hacia coro. El arca de la alianza estaba colocada en la parte mas santa, cubierta por una preciosa cortina, detrás de la cual no entraba mas que el sacerdote una vez al año. Así el templo reunía las tres unidades, que como hemos dicho, profesaba el pueblo hebreo, á saber: el Dios que en él se adoraba; la ley que en él se custodiaba; y el pueblo que en el se congregaba para fraternizar en las solemnidades anuales. Fué, pues, este templo el símbolo de la vida nacional, áun cuando los últimos judíos olvidaron su pleno significado; sobrevivió en la memoria áun despues de no haber quedado de él piedra sobre piedra; excitó el fervor de los cristianos en tiempo de las cruzadas, y todavía es el centro comun de los suspiros de los judíos esparcidos por las distintas partes del mundo.

Concluyóse la obra en siete años, durante los cuales, y bajo la dirección de Adoniram, arquitecto principal, trabajaron, elegidos entre todo Israel, 30.000 operarios; 10.000 al mes eran enviados al Líbano para cortar cedros y abetos; 70.000 servían para acarrear materiales, y 80.000 preparaban las piedras; había además 3.000 sobrestantes y 300 capataces. Terminado el edificio se celebró su consagración con fiestas muy espléndidas, matándose 22.000 bueyes

y 120.000 ovejas. Y en esta ocasión el rey poeta compuso el siguiente cántico:

»Yo fabricé una casa, oh Señor, para tu habitación, para que te sirviera eternamente de trono solidísimo.

»Bendito el Señor que con su propia boca »predijo á David mi padre lo que con su poder »yo he cumplido. Díjole: desde el día en que »saqué á mi pueblo de la tierra de Egipto, no »he elegido una ciudad entre las tribus de Israel, especialmente consagrada á mi nombre.

»Y yo he fabricado la casa al nombre del Dios de Israel y puesto en ella el arca en que está la alianza del Señor.

»Oh Señor, no hay quien te iguale ni en el »cielo ni en la tierra; tú conservarás la alianza »y miras con misericordia á tus siervos que »que caminan en tu presencia.

»¿Es creíble que habites verdaderamente la »tierra? Si los altísimos cielos no bastan para »contenerte, ¿cuánto ménos podrás caber en la »casa que yo he edificado? Mas vuelve los ojos »á tú siervo; oye su himno y su oración, y fija »tu vista en la casa de la cual dijiste: allí »estará mi nombre. Si uno peca contra el prójimo y debiere ser ligado con juramento, vendrá á prestarlo á tu casa, y tú lo oirás desde »el cielo y harás justicia á tus siervos, condenando al impío, haciendo caer sobre su cabeza el peso de su iniquidad y justificando al »justo.

»Si tu pueblo huyere de los enemigos por »haber pecado, y luego arrepentido y confesando tu nombre viniere á orar á tu casa, oye »sus oraciones y perdónalo y vuélvelo á la tierra que diste á sus mayores.

»Si por castigo negare el cielo la lluvia, y »aquí viniere el pueblo penitente á suplicarte, »oye sus súplicas, aplaca tu cólera y aleja del »pueblo el hambre, la peste y todos los males »que haya merecido por sus faltas.

»Oye también al extranjero cuando de remotos países venga á implorar tu nombre en »este lugar; para que todos los pueblos aprendan á temer tu nombre.

»Cuando el pueblo salga para la guerra, »cualquiera que sea el camino por donde lo »envíes, te invocará vuelto el rostro á la ciudad elegida, y tú escuchándolo le harás justicia y lo librarás de la esclavitud de los ex-

»tranjeros; porque este es tu pueblo, tu herencia, que separaste entre todos los pueblos, á quien finalmente ahora has concedido el descanso.»

De este modo el edificio y los ritos consolidaban la nacionalidad con la religion. Mas por desgracia Salomon mismo dió el triste ejemplo de romper este vínculo; y él que había cantado: *¿Quién subió al cielo y bajo de él? ¿Quién tuvo al viento entre las manos? ¿Quién recogió las aguas como manto? ¿Quién levantó los límites de la tierra? ¿Cuál es su nombre?* se precipitó en la idolatría. Enorgullecido con las riquezas se aficionó á la vida oriental; y abandonando por ella las costumbres de su patria, pobló sus serrallos de mujeres escogidas entre las más hermosas egipcias, amonitas, idumeas, moabitas, sidonias, etc., hasta setecientas, á las cuales agregó trescientas concubinas. Sin dejar su compañía gobernaba al pueblo, y por agradarlas faltó á la política y á la religion, introduciendo dioses extranjeros, como Astarté, diosa de los Sidonios, Moloc, ídolo de los amonitas, y Cam dios de los moabitas; lo cual confundía á los hebreos con las demás naciones.

Varias revueltas le hicieron sentir los inconvenientes de esta conducta, principalmente la revolución de Razon que separó á la Siria de su dominio, y fundó en Damasco un reino, perpetuo enemigo de Israel. También Jeroboam intentó rebelarle las tribus; pero se vió obligado á refugiarse entre los Egipcios, que acaso favorecían bajo mano aquellas turbulencias. Por otra parte, el pueblo no sacaba ventaja del comercio, el cual se hacia sólo en provecho de rey; y la prosperidad de la capital perjudicaba á los restantes países tanto más, cuanto mayor era la distancia á que se hallaban de la córte.

Estalló el descontento cuando Salomon murió á los 72 años de edad y 40 de reinado. Entonces los estados reunidos en Siquém, dijeron á su hijo Roboam: *Si abandonas el sistema riguroso de tu padre, te nombraremos rey;* y al mismo tiempo Jeroboam, hijo de Nabat, volviendo de Egipto, y poniéndose á la cabeza del pueblo, le intimó que rebajase los impuestos. Pero Roboam se negó á dar oídos á la voz del pueblo; por lo cual diez tribus se separaron de su obediencia, quedándose solamente con él las de Judá y Benjamín.